



El teatro indígena y campesino

ENISBERTO JARABA

Otro de los sucesos del año teatral lo constituye la mirada retrospectiva que los grupos están haciendo de las comunidades indígenas y campesinas para formar sus obras de teatro. Y de veras que esta vez se lograron grandes y significativos aciertos. Las obras más importantes encaminadas a rescatar lo autóctono de nuestra cultura fueron:

Atabí, o la última profecía de los chibchas

Pieza catalogada como "la primera obra dramática indígena," resultó ser además el primer intento audaz, serio y efectivo de conjugar lo eminentemente indígena con la actuación dramática. En años anteriores se presentaron igualmente algunos propósitos similares pero siempre se convertían en espectáculos mediocres. Por eso fuimos a *Atabí* con prevención, pensando que sería una obra pesada, lenta y aburrida de principio a fin; máxime cuando los encargados de escenificarla no tenían una trayectoria teatral conocida. Pero . . . ¡oh, sorpresa! Aquí, con *Atabí*, comienza otra historia en el teatro colombiano: la historia del verdadero teatro indígena. Escrita por Fernando González Cajiao, después de cinco años de trabajos investigativos, estaba destinada a ser representada en forma didáctica por los maestros de las escuelas del Distrito. Está basada en la leyenda de "La última profecía," recopilada por Lilia Montaña de Silva entre campesinos del Lago de Tota, Boyacá. Narra la historia de las pugnas internas de los líderes civiles de los chibchas por mantener su poder sobre los demás. Este hecho desemboca en la "guerra santa" de la cual es opositor el Usaque Atabí, un administrador honrado y justo de su pueblo. El se lamenta y trata de evitar que los campesinos, verdaderos constructores de la cultura chibcha, sean quienes siempre pierden en las luchas de los administradores. Por eso dice "No hay peor tirano que uno nuevo," lamentándose de quienes ganan la guerra, así sean sus propios hermanos o los "hijos del sol," los españoles, a quienes Atabí opone resistencia heroica.

El montaje que hace Rosario Montaña resulta ágil, teatral antes que todo y

con un ritmo que se mantiene a través de toda la representación. Y con la ayuda de Delia Zapata Olivella y Raúl Mojica Mesa, en la coreografía, la danza y la música respectivamente, logra su cometido. Algunas de las escenas más dramáticas (en el sentido teatral) y conmovedoras, son: el discurso de despedida de Atabí después de la convención de los usaques en la que se aprueba la participación en la guerra santa; la aparición de Súa y Chía (el Sol y la Luna), que presagian la destrucción de los chibchas; la muerte en posición fetal de Nompanim, sacerdote arrepentido, desengañado y ciego; y las escenas donde aparecen los campesinos chibchas en sus ritos sagrados o festivos. La construcción de la honda por parte de Atabí y la danza que le acompaña es una de las pruebas más eficaces de lo que se puede lograr en el teatro con la utilización de la música, el baile y el canto indígenas.

El vestuario, los instrumentos musicales, la escenografía y la actuación de algunos de los integrantes del elenco, lograron presentarnos todo un espectáculo lleno de intensos momentos dramáticos. Sobresalen: Héctor Bonilla (Atabí), Ete-linda Rolón (campesina), J. J. Carvajal (Nompanim), Gilberto Rey (Pregonero), Hernando Vélez (Sol), Carlos Cardona (Soatá), Clara Perilla (Campesina), Fernando González (Quemuenchatocha y Fu), Jairo Jiménez (Moja) y Sofía Trujillo (campesina). Aunque algunos hicieron evidencia de escasos conocimientos teatrales y hubo fallas en los parlamentos (uno de los problemas esenciales de *todo* el teatro colombiano en donde priman los acentos regionales sobre la naturaleza o estilo de las obras), es evidente que nos encontramos ante una obra que ojalá sirva de estímulo para nuevas creaciones con el concepto de poner en vigencia los valores históricos y sociales de nuestro pueblo.

Barejota wowe anepona ahibi

(*Así ocurrió cuando los blancos no fueron malos*)

Cuenta la historia de la explotación, miseria y abandono en que se debaten nuestros indígenas. Está basada en el genocidio de la Rubiera: cuando los blancos no fueron malos e invitaron a un banquete a los indios Cuibas y dieron muerte a 16 de ellos en la forma más salvaje que recuerda la historia del país. Fueron muertos a garrotes, revólveres y hachas, mujeres, niños, hombres, ancianos. Con esta obra el Teatro Experimental Colombiano, TEXCO, se convirtió en el grupo más popular del pasado Festival Nacional del Nuevo Teatro. Está integrado por Patricia Maldonado, Mario Castaño (director de la obra), Orlando Alvarado y Jairo Alemán. Aquí el espectador no encuentra elementos de utilería ni vestuarios espectaculares, sino a unos actores y a una actriz que emplean su cuerpo para expresar lo que plantea la obra: la denuncia de un drama de toda una comunidad indígena que en todas partes, en el norte o en el sur, enfrenta una lucha desigual para sobrevivir y conservar íntegros sus valores culturales.

Por la escasez de recursos técnicos *Cuando los blancos no fueron malos* puede ser presentada en cualquier sitio y es una forma de expresar lo que se puede lograr con las creaciones colectivas cuando son hechas con estudio, investigaciones, conocimientos teatrales, y *talento*. Porque las "creaciones colectivas" se han convertido en un arma de doble filo para el teatro nacional, ya que cualquier grupo principalmente piensa que puede lograr obras por este medio en forma fácil, sin realizar estudios profundos del medio social y del momento histórico que se viva.

Y porque en nuestro país (al fin y al cabo tropical) todo el mundo se siente capaz de ser creador de "algo" y en este sentido el teatro no ha sido la excepción.

Los días de la espera

Desde Bolívar, una población rural y lejana del Departamento de Santander del Sur, con escasos 30 mil habitantes, surgió a escala nacional el grupo *Horizontes de Juventud*. La obra presentada fue *Los días de la espera o la espera de los días* y plantea el modo de vida de los campesinos de aquellas lejanas regiones. Pero también es la vida del campesino colombiano en general. Lo más significativo del grupo es que sus integrantes son los propios campesinos que cuentan sus vivencias, sus sufrimientos y sus luchas por conseguir una forma de vida justa e igualitaria acorde con sus aportes al acontecer nacional. La incorporación del conjunto musical "Airecitos de mi tierra" (también integrado por ancianos campesinos) hicieron del montaje una lección de buen teatro para el público y participantes en el Festival Nacional.

Teatro limpio, sin artificios ni mañas, hecho no para impactar por su pomposidad sino por su sencillez. También introdujo dichos y refranes que le dió visos de originalidad, ya que prácticamente los parlamentos estaban basados en ellos. *Los días de la espera o la espera de los días* demostró que el teatro campesino bien hecho está llamado, junto con el teatro indígena, a ser puntos de referencia en el avance y conquista de una técnica teatral nacional. Es en este sentido en el que se puede hablar sin pecar de tropicalistas (otra vez), de que estamos asistiendo a la consolidación de un *Nuevo Teatro Colombiano*.

Bogotá, Colombia

[Publicado por primera vez en
La República (Bogotá), diciembre 21 de 1976]